

INTRODUCCIÓN

¿Cómo se puede vivir bien con un alma y un cuerpo, y un cuerpo, además, sexuado? ¿Cómo se puede conseguir unificar estas dos dimensiones que nos constituyen en lo que somos y que, sin embargo, nos parecen enemigas? ¿Cómo vencer esta oposición que percibimos en nosotros con mayor frecuencia de manera dolorosa, por no decir angustiada?

Las que acabo de enumerar no son sólo cuestiones que invaden la historia humana, como atestiguan todas las culturas, sino que son cuestiones que se presentan en lo más hondo del corazón humano. Tenemos conciencia –y no se trata de nada anormal– de tener dificultades para aceptarnos a nosotros mismos en la dualidad de nuestro cuerpo y nuestra alma. Percibimos esa división como un drama, y nos acusamos de ello a nosotros mismos, haciéndonos responsables de esta contradicción entre los impulsos de nuestra alma, de nuestra razón, de nuestra inteligencia, de nuestra voluntad, de todo lo que hay de espiritual en nosotros, y las rémoras de nuestro cuerpo, de nuestros sentidos, de nuestra “carne”. O bien acusamos de ello a Dios, reprochándole haber creado al hombre con un alma o de haberlo creado con un cuerpo. ¡Por qué no ha creado al hombre como puro espíritu o simple animal!

Vivimos esta situación como una contradicción en lo más íntimo y en lo más secreto de nosotros mismos y es ahí, a fin de cuentas, donde se ventila la cuestión del éxito o del fracaso de toda vida humana.

Podemos resumir toda la vida del hombre diciendo que es el intento de conquista de un equilibrio, que seguirá siendo siempre precario, imperfecto e inacabado, entre estas dos dimensiones de su ser que no consigue hacer coexistir de una manera armoniosa. La sabiduría pagana expresa esto con la célebre sentencia del poeta Ovidio, contemporáneo de Jesús: “Veo lo mejor, conozco los valores, los apruebo, pero luego hago lo peor”¹. Tampoco escapa de ello san Pablo, y se lamenta: “Advierto otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Pobre de mí! ¿Quién me librerá de este cuerpo que me lleva a la muerte?” (Rm 7, 23-24). Rechazo del cuerpo o rechazo del espíritu, ése parece ser el dilema fundamental de la condición humana, del que intentamos salir con mayor frecuencia rechazando nuestro cuerpo, pues es muy verdad que tenemos la impresión de que nos deshumanizamos menos por el rechazo del cuerpo que por la negación del espíritu.

Y si hay un ámbito donde tomamos de una manera muy concreta la medida de la dificultad que entraña conjugar lo que hay en nosotros de espiritual y lo que hay de carnal, ese ámbito es el matrimonio como lugar de ejercicio normal o habitual de la sexualidad. Esta última parece cristalizar, efectivamente, en ella lo esencial de la contradicción entre el cuerpo y el espíritu, como impronta que es, a la vez, de grandeza y de humildad. Grandeza, por su finalidad directamente ligada al misterio de la vida; humildad, por sus medios de expresión, en los que el hombre experimenta su terrible vulnerabilidad carnal.

Tenemos aquí mucho más que una simple cuestión antropológica y psicológica; estamos asimismo ante una cuestión teológica fundamental. La religión cristiana es, en efecto, primero y sobre todo, una religión del cuerpo, pues se apoya sobre la fe en la encarnación del Verbo de Dios. Esto es algo que no deja de plantear problemas. La historia de la Iglesia y del desarrollo de la doctrina cristiana está ahí

1. “Video meliora, proboque, sed deteriora sequor” (*Metamorfosis* VII, 19).

como testigo de las dificultades que entraña comprender y aceptar que un Dios se haga hombre y adopte todas las dimensiones de la condición humana: “y así compartió en todo nuestra condición humana menos en el pecado”². Llegada aquí, se resiste la inteligencia. Los primeros siglos de la historia de la Iglesia –aunque se trata de una cuestión recurrente– atestiguan las dificultades por las que pasó el pensamiento teológico para afirmarse en este punto esencial de la fe cristiana. ¿Acaso no clamaba Nestorio el año 431 en el concilio de Éfeso: “Jamás aceptaré llamar Dios a un bebé que llora en un pesebre”? Vayamos, pues, hasta el extremo del realismo: tenemos dificultades para caer en la cuenta de que Dios pasó por la vulnerabilidad y la dependencia de un niño pequeño que necesita ser amamantado, al que es preciso cambiar, lavarlo. Se trata de un Dios que pasó por todas las servidumbres del cuerpo incluidas las más humillantes: las de un cuerpo que se cansa, un cuerpo que se agota y se rebela, un cuerpo que tiene hambre, que tiene sed y no puede estar siempre limpio, un cuerpo que suda y que sufre... Aquí se encuentra la raíz del arrianismo*, una doctrina que a la Iglesia siempre le ha resultado difícil extirpar de una manera definitiva: si Jesús es totalmente hombre, no puede ser verdaderamente Dios. A nuestra razón y a nuestro corazón les resulta difícil aceptar que Dios hubiera elegido pasar por y amar hasta los límites de nuestro cuerpo. Llegamos aquí al corazón de la exigencia más profunda de la fe cristiana.

Rechazo del cuerpo, rechazo de la Encarnación y rechazo de un Dios que llega incluso a querer hacerse alimento para nosotros. Cuando Jesús afirma: “El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene

2. Plegaria eucarística IV.

* El arrianismo es una desviación de la fe cristiana surgida a comienzos del siglo IV. Su nombre le viene de su fundador, Arrio, un sacerdote de Alejandría que negaba la divinidad de Jesús y, por consiguiente, la igualdad de las personas divinas en la Trinidad o “consustancialidad” de las personas. Esta doctrina, aunque fue condenada por el concilio de Nicea el año 325, se extendió sobremanera durante los siglos IV y V, incluso entre los obispos.

vida eterna, y yo le resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida” (Jn 6, 54-55), sobrepasa la capacidad de sus discípulos. No pueden o no quieren oír más “Es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo? [...] Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él” (Jn 6, 60.66). Y, sin embargo, no es posible ser verdaderamente cristiano sin aceptar plenamente nuestro cuerpo y su dignidad, ni acusando al cuerpo de lo que, en realidad, es el pecado del corazón. Jesús se esfuerza por hacérselo comprender a sus discípulos después de haberlo proclamado –al parecer, en vano– a las muchedumbres que venían a oírle: “¿Conque también vosotros estáis sin inteligencia? ¿No comprendéis que todo lo que de fuera entra en el hombre no puede contaminarle, pues no entra en su corazón, sino en el vientre y va a parar al excusado?” [...]. Y decía: ‘Lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas: fornicaciones, robos, asesinatos, adulterios, avaricias, maldades, fraude, libertinaje, envidia, injuria, insolencia, insensatez. Todas estas perversidades salen de dentro y contaminan al hombre’” (Mc 7,18-23). El verdadero problema del equilibrio humano no se sitúa en el cuerpo, al que resulta demasiado fácil acusar, sino en el corazón del hombre, que se deja engañar.

En esta perspectiva se inserta la teología del cuerpo de Juan Pablo II: “La teología del cuerpo no es tanto una teoría como, más bien, una pedagogía del cuerpo específica, evangélica y cristiana”³. Como pedagogía, esta teología del cuerpo es una manera de amansar nuestro cuerpo, y hasta de “reconciliarnos” con él, comprendiéndolo y viéndolo en su sitio en el plan establecido por Dios al principio, en la época –para emplear las mismas palabras de Juan Pablo II– de la “prehistoria teológica del hombre”. Comprendiendo, a continuación, cómo el pecado de los orígenes, esa catástrofe monumental que marca el advenimiento del

3. Juan Pablo II, Audiencia del 8 de agosto de 1984.

“hombre histórico”, ha herido el corazón del hombre y de la mujer y ha introducido, definitivamente, una opacidad en su mirada sobre sus cuerpos. Abriéndose, por último, a la redención de nuestro cuerpo que nos aporta Jesús mediante su encarnación y aceptando la ayuda de la gracia, especialmente la del sacramento del matrimonio, que es la única que nos permite vivir una vida sexual auténticamente humana, es decir, inscrita en una dinámica de entrega verdadera de las personas. Ésa es la intención de fondo del Papa: proporcionar las claves de la comprensión de nuestro cuerpo a la luz del plan divino rechazado por el hombre, restaurado por Cristo y proclamado por la Iglesia.

“Esta teología-pedagogía, prosigue aún Juan Pablo II, constituye ya por sí misma el núcleo esencial de la espiritualidad conyugal”⁴. No puede haber espiritualidad conyugal sin una comprensión profunda de la naturaleza del cuerpo y del plan divino de amor de Dios sobre este cuerpo. Sin ello, ni siquiera puede haber espiritualidad cristiana simplemente, pues forma parte de nuestra naturaleza ser seres encarnados y no podemos aceptar a Dios del todo sin aceptarle con su plan de encarnación. El cuerpo humano es la cima de la Creación divina. Ahí encuentra su dignidad, su vocación y, aunque nos plantee dificultades admitirlo, la razón de su esplendor.

Juan Pablo II, a través de su teología del cuerpo, proyecta sobre éste y sobre la persona, sobre la sexualidad y sobre el matrimonio, una luz radicalmente nueva en la historia de la Iglesia, una luz que, por desgracia, sigue siendo casi totalmente desconocida⁵. George Weigel, el biógrafo americano del Papa, se extraña además de ello al referir las

4. Juan Pablo II, Audiencia del 3 de octubre de 1984.

5. No se ha consagrado ninguna obra exclusivamente a la exposición sistemática del pensamiento del Papa sobre su teología del cuerpo, al menos en lengua francesa. La mencionan, no obstante, algunos libros sobre el matrimonio y la sexualidad. Entre ellos, podemos señalar en particular: Aline LIZOTTE, *Le don des époux*, Ed. du Serviteur, 1997; Pascal IDE, *Le corps à cœur*, Éd. de l'Emmanuel, 1997; Jean LAFITTE y Livio MELINA, *Amor conyugal y vocación a la santidad*, Universidad Católica de Chile, 1997.

afirmaciones hechas en 1997 por monseñor Angelo Scola⁶ sobre la teología del cuerpo de Juan Pablo II. Mons. Scola no dudaba en afirmar que “si los teólogos explorasen a fondo el fértil personalismo implícito en la *Teología del cuerpo* de Juan Pablo II, prácticamente todas las tesis de la teología (Dios, Cristo, la Trinidad, la gracia, la Iglesia, los sacramentos) podrían verse bajo una nueva luz”⁷. Y comenta George Weigel: “Hay pocos teólogos contemporáneos que hayan aceptado el desafío implícito en la dramática propuesta de Juan Pablo. Todavía son menos los sacerdotes que predicán sobre esos temas. En realidad, sólo un porcentaje exiguo, por no decir microscópico, de los católicos del mundo conoce la existencia de una ‘teología del cuerpo’. ¿Por qué? Uno de los factores es la densidad de la aportación de Juan Pablo. Se echan en falta textos capaces de *traducir* su pensamiento a unas categorías y un vocabulario más accesibles”⁸.

Ésa es la primera intención de este libro. Un libro que aparece en una época como la nuestra, que está pagando las consecuencias, siempre dolorosas, a veces crueles, de las desilusiones de una “revolución sexual” que se ha revelado engañosa en sus pretensiones de liberación. Nuestra pretensión es obrar de manera que este tesoro entregado por Juan Pablo II a la Iglesia y al mundo como un primer regalo de su pontificado, no permanezca por más tiempo ignorado del pueblo cristiano y de todos los hombres y mujeres de buena voluntad a los que este mensaje pueda iluminar y pacificar. El objetivo perseguido por esta obra es, por consiguiente, divulgador, es decir, extender, poner al alcance del público algo, a fin de dar a conocer una luz que nos resulta insoportable sentir oculta bajo el celemín de la ignorancia o, lo que es peor, de la indiferencia.

6. Mons. Scola es el actual patriarca de Venecia. Las palabras referidas por George Weigel datan de la época en que era rector de la universidad pontifica de Letrán en Roma.

7. George WEIGEL, *Biografía de Juan Pablo II, testigo de Esperanza*, Plaza & Janés, Barcelona 2000, p. 465.

8. *Ibíd.*

Para ello teníamos que hacer frente al desafío de ser totalmente fieles al pensamiento profundo del Papa, al mismo tiempo que lo hacíamos accesible. Nos hemos consagrado a esta tarea tanto en el plano del vocabulario como en la reorganización, según un plan lineal y más fácilmente inteligible, lo que ha expuesto el Papa de una manera “circular”, cual una gran meditación que, a medida de su desarrollo y de su maduración, parece volver sobre lo ya dicho para enriquecerlo.

La enseñanza que Juan Pablo II ha desarrollado a lo largo de más de cuatro años la hemos redesplegado así en cuatro capítulos. En primer lugar, el plan de Dios al principio sobre la creación del hombre y de la mujer –prehistoria teológica del hombre–, del que nos dice Juan Pablo II que subsiste aún en las profundidades del corazón del hombre a la manera de un eco lejano: en la alegría de la creación, en la alegría del descubrimiento mutuo, en la alegría de la comunión, en la plenitud de la transparencia de la mirada de las personas sobre su masculinidad y su femineidad... En un segundo momento, aparece el pecado de los orígenes, la ruptura voluntaria del hombre y de la mujer con el plan de Dios, y su cortejo de consecuencias, que traban el deseo de comunión que dormita en el corazón de cada hombre y de cada mujer: rebelión, sufrimiento, incomprensión, división, dominación, explotación... A renglón seguido, la redención del cuerpo permitida por la encarnación del Verbo y su resurrección que anuncia la nuestra, la elevación de la significación del cuerpo que, en virtud de la gracia del sacramento del matrimonio, se convierte en signo de la unión del Cristo-Esposo con su Esposa, la Iglesia. Por último, a la plena luz del plan de Dios al principio, de la ruptura ocasionada por el pecado, de la redención y de la promesa de la glorificación de nuestros cuerpos, veremos cómo y en qué condiciones el acto sexual de los esposos, a través de la gracia del sacramento del matrimonio, está llamado a convertirse en obra de santidad, no sólo para los mismos esposos, sino también para toda la Iglesia.

Brindar esta luz sobre el sentido del cuerpo a fin de hacer comprender y aceptar las normas éticas que permiten vivir plenamente la

vocación de la unión de los cuerpos: tal era la intención principal de Juan Pablo II a través de su enseñanza sobre la teología del cuerpo. ¿Cuál es la razón de que el Papa sintiera tanta preocupación y otorgara tanta importancia a esta cuestión desde los comienzos de su pontificado? Ésta es la primera cuestión a la que nos ha parecido necesario responder. Por eso, los cuatro capítulos de la exposición sistemática de la catequesis del Papa van precedidos de un primer capítulo sobre la originalidad del pensamiento de Juan Pablo II, su maduración, su experiencia pastoral, sus motivaciones. Son raros, en efecto, los pastores de los que pueda decirse que han estado mejor preparados que Karol Wojtyła, tanto desde el punto de vista intelectual como desde el pastoral a la vez, para proporcionar una luz autorizada y fundamentada sobre la cuestión de la sexualidad, hasta tal punto que cabe pensar legítimamente que, en la historia del papado, Juan Pablo II será considerado menos como el Papa de la caída del comunismo que como el que dio a la Iglesia y al mundo la enseñanza más completa y más positiva sobre el sentido del cuerpo y de la sexualidad.